PASTORAL
SOBRE LA INTEMPERANCIA EN LA BEBIDA.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis, salud y paz en el Señor.

Neque ebriosi ... regnum Dei possidebunt.

Los entregados á la embriaguez no poseerán el reino de Dios.

(1 Cor. 6, 10.)

I.

DE los dones naturales con que Dios ha favorecido al hombre, el más excelente es el de la razón. Este don lo distingue esencialmente de los demás seres de la creación y lo constituye soberano de todos ellos. Es la luz que debe guiarlo á través de la larga noche de su peregrinación por la tierra, haciéndole discernir, con el auxilio de la fe, el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo que conduce á su felicidad de lo que lo aparta de ella. Señora de las pasiones, les señala el límite hasta donde pueden llegar y el cauce por donde deben correr sus aguas sin desbordarse.

Siendo tan grande la excelencia de este don, grande debe ser también nuestro empeño por conservarlo en toda su integridad y mantenerlo en pleno ejercicio. Sin embargo, hay un vicio, amados diocesanos, cuya consecuencia inmediata es la perturbación y obscurecimiento de esta nobilísima facultad, y que, impidiéndole su cabal ejercicio, coloca al hombre al nivel de los seres irracionales. Despo-

jado, á causa de este vicio, de su altísima prerrogativa de ser racional, envilécese su dignidad de hombre y deja caer al fango su corona de rey de la creación. Este vicio degradante es la embriaguez, producida por la intemperancia en la bebida.

Mas, con ser tan degradante y envilecedor, vemos con honda pena que este vicio se extiende en nuestro pueblo en proporciones formidables y se propaga como lepra contagiosa en las diferentes clases de nuestra sociedad. Los repugnantes espectáculos de la embriaguez se presentan en todas partes: en las grandes poblaciones, en las aldeas, en los campos, en los caminos públicos; y no están exentos de su contagio, ni el adolescente que lleva todavía en su frente la aureola de la inocencia, ni el anciano de blancos cabellos que va inclinándose al sepulcro, ni aun el sexo que se distingue por su delicadeza. Sorprende verdaderamente la cifra de personas, víctimas de este vicio, que recogen cada día los agentes de la autoridad en las calles públicas de nuestra capital, para ocultar tan tristes miserias á la vista del extranjero y del hombre honrado.

Y lo más doloroso es que los viciosos eligen de preferencia para soltar la rienda á sus pasiones desbordadas el día que Dios nos manda santificar con obras de piedad y de misericordia, día en que, dando de mano á las faenas abrumadoras que agobian el cuerpo, debemos ocuparnos en los intereses eternos del alma.

Grande es sin duda, á los ojos de la fe, y aun á los ojos de la filosofía y de una política elevada, el día del Señor. *El día que Dios ha hecho*[1] y que ha hecho para sí; el día de sus misterios y de sus milagros en que ha manifestado las maravillas de su poder y de su misericordia; el día de su glorioso y eterno reposo después de la crea-

[1] Salmo 117, 24.

ción de este magnífico universo; el día de la resurrección y de la vida por la victoria de su Hijo sobre la muerte y el infierno; el día de la libertad y de la transformación del mundo por la bajada de su Espíritu sobre las naciones sumergidas en los abismos de errores, de corrupción y de miseria: este gran día es el que de preferencia se elige para ofender al Señor y para abusar torpemente de sus gracias y misericordias.

La extensión y gravedad de este vicio, causa de tantos y tan lamentables males en el individuo, en las familias y en la sociedad, nos imponen el deber de levantar nuestra voz para traer á buen camino á los extraviados, preservar á los que se hallan en peligro de contagiarse y conjurar á todos los que se interesan sinceramente por la suerte de nuestro pueblo á que nos ayuden á extirpar, si fuese posible, ó á atenuar, al menos, los estragos de este vicio, que degrada la dignidad humana, que envilece el carácter del cristiano y hasta deshonra el nombre de chilenos.

Y ahora que vuestras almas, amados diocesanos, han sido purificadas en las aguas de la penitencia con el cumplimiento del precepto pascual, lisonjéanos la esperanza de que nuestras exhortaciones paternales no caerán en los corazones como semilla en roca estéril ó en terreno pedregoso. Y á fin de retraer con más eficacia de la intemperancia á aquellos que pagan á ella tristes y frecuentes tributos, séanos permitido presentar á su vista el cuadro de los males que produce en el individuo, en las familias y en la sociedad; investigar las causas principales que favorecen su propagación y señalar algunos de los remedios que pueden servir para curarla.

No extrañéis que, llenos de interés por vuestras almas, nos sobrepongamos al disgusto profundo que nos causa la sola idea de tratar de un asunto que nos presenta cuadros de desolación y de vergüenza, de un vicio que nos humilla

y nos degrada. Confiando en Dios, nos atreveremos á sondear esta llaga repugnante de nuestras costumbres degeneradas; y llevaremos la luz á esos antros impuros de la abyección más profunda, porque el Señor nos ha colocado en medio de vosotros, no solamente para *edificar y plantar*, sino también, *para arrancar y destruir*[1].

II.

El individuo es la primera y más infortunada víctima de la embriaguez habitual, en quien acumula un montón de ruinas morales, intelectuales y físicas.

La divina Providencia ha señalado á los deseos del hombre, como á las olas del mar, un límite que no puede traspasarse sin caer en el desorden. Por esta razón, en el orden moral todo exceso degenera en vicio, así como en el orden físico todo exceso degenera en dolencia. Mas, los deseos del hombre no se sacian jamás, y las pasiones, tascando el freno de toda ley, se precipitan como corceles desbocados, atropellando las vallas más poderosas. Para contenerlas dentro de los límites que les ha señalado el dedo de Dios, se necesita del esfuerzo de una virtud que tiene por objeto regular los apetitos del cuerpo á fin de someterlo al espíritu, y sujetar más fácilmente el espíritu á Dios. Esta virtud es la templanza, virtud *cardinal* ó fundamental, cuyo ejercicio es indispensable para la salvación.

Pecan contra esta virtud los que se exceden en la bebida hasta caer en la embriaguez, que produce el trastorno de la razón; y pecan gravemente porque la pérdida voluntaria de la más noble facultad humana implica un gravísimo desorden moral. La razón, dice el Dr. Dufieur, es como un rayo divino que se derrama sobre el hombre revistién-

[1] Jer. I, 10.

dole de su majestad. «La razón no le ha sido dada para ser la compañera del vicio.»[1]

Con el obscurecimiento de la razón el hombre pierde la conciencia de sí mismo, se hace inhábil para obrar como ser racional, se transforma en máquina inconsciente cuyos movimientos son regulados por ciegos apetitos, y cae en una abyección más profunda que la de los animales, en quienes el instinto suple en algún modo la carencia de la razón. Podría preguntarse si el ebrio es un hombre, ya que no piensa, no siente, ni ama, cosas que son atributos esenciales del hombre. Los vapores del vino extinguen los más nobles y naturales sentimientos del alma: para el que se entrega á la pasión del vino no hay padres, ni esposa, ni hijos, ni amigos. Estos vínculos tan dulces como sagrados, con que la naturaleza ha encadenado el corazón, no solamente se relajan y debilitan, sino que suelen convertirse en lazos odiosos y detestables. La conciencia, el honor, la reputación, las consideraciones sociales dejan de ser estímulos para contener los desbordes de la tiránica pasión.

El que por el exceso en la bebida se hace incapaz de toda reflexión, se precipita fácilmente á todo género de desórdenes, se avalanza ciegamente á toda clase de crímenes, y como el que anda entre precipicios con una venda en los ojos, va rodando de abismo en abismo y de iniquidad en iniquidad. Por eso justamente ha dicho San Agustín que «la embriaguez es la fuente de todos los crímenes, el origen de los más deplorables extravíos, la raíz de los vicios, la causa de las malas acciones». El hombre, privado de la razón, siente con violencia irresistible el imperio de sus malos instintos, y careciendo de toda energía moral para reprimirlos y de toda reflexión para medir las consecuencias de sus actos, se deja arrastrar por ellos á los mayores ex-

[1] *Nature et Virginité.*

cesos. Ora es una bestia feroz, sedienta de sangre, que hiere y mata sin compasión, y blandea con goce inhumano el puñal asesino, y provoca con ademán insolente y con injurias soeces á riñas sangrientas, de que ellos mismos suelen ser víctimas desgraciadas. Ora es un miserable idiota, que sin conciencia de sí mismo, profiere blasfemias y palabras indecorosas y lascivas que van á herir á oídos castos y exhibe públicamente desnudeces que ofenden el pudor de las personas honestas y delicadas. Ora se precipita con ansia insaciable á los placeres sensuales y se revuelca en el fango de esos deleites inmundos, porque dicho está en el Libro de los Proverbios: *El vino está lleno de lujuria*[1]. El pillaje, el robo, el asesinato, las riñas, las injurias, la crueldad suelen ser el cortejo obligado de la embriaguez. Y muy á menudo los que premeditan un gran crimen piden al alcohol el valor que les falta para cometerlo, en la persuasión de que éste tiene la triste virtud de convertir en fiera al hombre más pacífico, de hacer temerario al más precavido y de dar la dureza y frialdad del mármol al corazón más sensible.

La estadística criminal de todos los pueblos confirma esta verdad; pues de las espantosas cifras que ella consigna se deduce que la mayor parte de los crímenes que se cometen en el mundo son producidos por la embriaguez. Y no es menester pedir revelaciones á la estadística criminal para adquirir este triste convencimiento. ¿No vemos con nuestros propios ojos cómo se transforma la índole de nuestro pueblo con el exceso en la bebida? ¿No vemos cómo hombres de índole tranquila se hieren y matan con ferocidad salvaje bajo la influencia de la embriaguez? ¿No vemos cómo personas que en la posesión de su juicio no se atreverían á ejecutar en público ningún acto menos de-

[1] 20, 1.

coroso, suelen presentar en nuestras calles y plazas espectáculos de impudor desenfrenado? Es porque, como dice el Libro del Eclesiástico, *el vino engendra la cólera, destruye el pudor y amontona grandes ruinas*[1].

Y estos delitos que tienen por causa á la embriaguez no son excusables moralmente con la consideración de la carencia de libertad y de razón; porque si los que los cometen no son libres en los efectos, lo son en la causa, toda vez que han podido prever que, embriagándose, caerían en esos delitos. Ésta es la doctrina del concilio de Viena cuando dice: «Las personas ebrias no son libres ni en sus cuerpos ni en sus espíritus; sin embargo, no dejan por esto de ser culpables de los crímenes que han cometido sin saberlo; porque esta ignorancia es voluntaria en la causa.»

Pero á todos estos males debe agregarse el peligro inminente y gravísimo de condenación en que se encuentran los viciosos. No ignoráis, amados diocesanos, que el hombre que no está en su sano juicio es incapaz de recibir la absolución de sus pecados; de manera que si por alguno de los fatales accidentes á que expone la embriaguez, se hallase un hombre en trance de muerte, el sacerdote no podría absolverlo y moriría en su pecado. Todos los vicios dejan esperanza de salvación, porque ninguno apaga la luz de la razón ni inhabilita para el arrepentimiento: sólo el de la embriaguez cierra por esta causa las puertas de la misericordia y de la reconciliación. Por esto ha podido decir con razón San Hilario de Poitiers que «la embriaguez es una muerte anticipada, y aquel que es víctima de ella es un cadáver animado». Es ciertamente una muerte del alma, porque no sólo la priva de la gracia, que es su vida, sino que la imposibilita para recobrarla mientras se encuentra

[1] 31, 38.

bajo la influencia de este vicio. Y ¿qué otra cosa que cadáver es un hombre que no vive vida racional y que carece hasta de la libertad del movimiento? «La embriaguez, dice San Agustín, es dulce veneno, y aquel que llega á ser su víctima no es dueño de sí mismo: no solamente comete un pecado cuando se embriaga, sino que todo en él es pecado.»

No es menos deplorable el daño que causa este vicio á las potencias intelectuales del hombre. Y no nos referimos solamente al efecto pasajero de la pérdida de la razón, consecuencia inmediata de la embriaguez, sino á los efectos permanentes que suele producir en las facultades intelectuales.

Una larga y constante experiencia demuestra que con el uso frecuente y excesivo del licor la inteligencia va perdiendo su vigor y fuerza de concepción é imposibilitándose para discurrir sobre asuntos que reclaman alguna atención. La memoria se debilita hasta el punto de perder todo recuerdo; las ideas se trastruecan y confunden, y la imaginación, que el alcohol excita momentáneamente, va entorpeciéndose con rapidez y haciéndose cada vez más impotente para comprender y producir la belleza. Este progresivo deterioro de las potencias intelectuales tiene en un gran número por término la locura ó el embrutecimiento. «La embriaguez, dice Plutarco, habita en compañía de la locura y del furor.» Hay autores dignos de respetos que aseguran que más de la mitad de las enajenaciones mentales son causadas por el abuso del vino, especialmente en países en que, como en el nuestro, la bebida entra á formar parte de los hábitos populares. Con la fuerza siempre creciente del hábito llega á perderse el pensamiento de todo lo que no es bebida, y esta sola idea se asienta en su mente con la tenacidad de la monomanía. Así pues, el idiotismo ó la locura, las dos más tristes situaciones de la vida, suelen